
Seduciones del relato policíaco

FERNANDO AYALA POVEDA*

Confesiones de una fascinación

Toda obra literaria oculta detrás de sus páginas la historia real de una gran pasión. Por eso puedo declarar sin reservas que empecé a escribir *El Club de la Dalia Azul*, cuando descubrí la saga de la literatura policíaca, esa vasta comedia humana del misterio que he vivenciado en la vida real, en la literatura y en el cine.

La biografía de esta seducción se inició en Sogamoso, una ciudad moderna y mítica, situada en el valle del templo del sol. Allí, en esa villa que ha sido participante de la epopeya del hierro, tuve la posibilidad de leer la más variada literatura universal. Entre esas obras literarias por supuesto se hallaban aquellas que configuran la antología clásica del misterio y que reúnen a los detectives legendarios de la novela del crimen tales como Nick Carter, Sherlock Holmes, Rouletabille, Arsenio Lupin, Fantomas, Hércules Poirot, Sam Spade, Philippe Marlowe, el padre Brown, y muchos más que seguramente a ustedes le resultan familiares.

Desde entonces me hice creador como lector porque me gustaba escribir variaciones sobre las investigaciones de Augusto Dupin, el héroe consagrado por Edgar Allan Poe en *Los crímenes de la calle Morgue*. Semana tras semana, me enfrentaba maravillado a las divertidas aventuras de Arthur Conan Doyle; releía fascinado el humor paradójico del padre Brown y la premeditada redención de

* Novelista, ensayista, profesor de la Universidad Central, autor del *Manual de Literatura Colombiana* (Educar Editores) y de la novela del bolero *Amar en Bahía* (Plaza & Janés).

los personajes de Gilbert Keith Chesterton; desarrollaba las claves secretas de Agatha Christie como un ingenioso pasatiempo; sopesaba los testimonios exactos de Georges Simenon; acrecentaba mi admiración por el inspector Maigret, esa suerte de superhombre que descubre a los asesinos estudiando los ambientes donde la víctima estuvo.

Caminando por estos mundos oscuros, llegué finalmente a convertir el oficio de leer en un oficio de investigación, siempre iluminado por dos de los más grandes novelistas del siglo XX: Samuel Dashiell Hammett, y Raymond Chandler.

Con Hammett, el fundador de la novela problema y de la serie negra, el autor de *El Halcón Maltés* y de *Cosecha Roja*, entendí que la literatura policíaca se convierte en una reflexión mordaz sobre el crimen, la corrupción y la degradación de las sociedades modernas. El anti-héroe de Hammet se llama Sam Spade, personaje de clase media que contempla todo, incluso los enigmas policíacos, con los ojos del hombre de la calle. Este detective privado, normal y realista, lucha encarnizadamente contra la corrupción, pero lo hace sin convicción. No piensa que nacerá algo de sus esfuerzos. Se trata de pesimismo o escepticismo?. No. Es la afirmación apenas disfrazada de que el hombre aislado de la multitud, nada puede hacer contra las calamidades sociales. Dashiell Hammett se constituye pues como el creador de una nueva dimensión de la literatura policíaca, referida a hombres de carne y hueso, que son revelados a través de sus fracasos y sus ilusiones. Por otro lado, leyendo a Raymond Chandler, arquitecto del héroe Philip Marlowe, sentí que la saga del enigma se transformaba en un absurdo alucinante, que intentaba revelar el mundo abyecto de los poderosos, de los monopolios y de los chivos expiatorios. Chandler apunta lo siguiente sobre el fondo social de sus novelas: "La novela policíaca realista habla de un mundo en el que unos bandidos pueden gobernar naciones y casi gobiernan ciudades; en el que los hoteles, los edificios de apartamentos, los restaurantes famosos están en manos de hombres que han hecho su fortuna con los prostíbulos. Un mundo donde un juez cuya bodega está llena de licores puede condenar a un hombre por tener una botella en el bolsillo". Este fondo social es muy frecuente en Chandler. Por ejemplo, en *El Sueño eterno*, *El largo adiós!*, o *¡Adiós para siempre preciosidad!*, expone sin rodeos la corrupción existente en las grandes ciudades y nos pone ante la vieja conspiración del dinero y la autoridad. El trasfondo de su obra nos sitúa ante la doble moral

del poder, la condición ambivalente del investigador, y los caminos bifurcados de la justicia y la ley.

Pues bien, frecuentando las páginas de la literatura policíaca, gané y perdí una y muchas partidas de ajedrez con los designios de la naturaleza humana.

Ciertamente toda esta confesión es una crónica sobre mi aprendizaje de escribir, sobre mis amores literarios y mis búsquedas personales. Es a través de esta experiencia que puedo manifestar que no todas mis lecturas han sido del orden clásico. Devorando los libros de Marcial la Fuente Estefanía y de Mike Spillane, las tiras cómicas, los folletines de Corin Tellado y las historias ilustradas del Santo el enmascarado de plata aprendí a disfrutar la buena literatura. Y aún más: obtuve un buen provecho de las técnicas, los climas de intriga y suspenso, de lo que hoy se denomina "Subliteratura". Hoy, sin ninguna reserva, tengo la certeza de que si no hubiera buceado en esas profundidades vacías de la subliteratura, no habría tenido la fortuna de encontrarme con mis identidades literarias. Por haber tenido la suerte de leer a Gastón Leroux o a William Irish, llegué con una sabiduría enriquecida a las ficciones de Faulkner, Gabriel García Márquez y Juan Rulfo. Seguramente el hecho de provenir de una familia de lectores apasionados, que sobrevivieron a los folletines anecdóticos del duque de Navarra y que al fin lograron hacerse a una antología de la más profunda literatura universal, me permitió confrontar mis propias elecciones y mis búsquedas interminables del misterio y la alegría. Gracias a estos azares, la literatura clásica policíaca ha llegado a constituir para mí una fuente de aprendizajes y desgarramientos, de la misma manera como siempre lo ha constituido mis vivencias del amor, la solidaridad, el fracaso y el trabajo literario.

El contrapunto que también revela la biografía personal de los relatos *El Club de la Dalia Azul*, la puedo rememorar sin ninguna reserva. Algunas noches de ese Sogamoso remoto iba al cinematógrafo no tan sólo a comprar un poco de oscuridad sino también a ver el milagro de salir de la lámpara de los maestros del séptimo arte a los detectives legendarios de la literatura. El cine en blanco y negro ya daba paso al cine en technicolor, y yo fortalecía mi admiración por María Félix, y por los solos gloriosos de la trompeta de Louis Armstrong. Cada vez que iba al cine, me deslumbraba esa ficción de la ficción donde Humphrey Bogart, Orson Wells y Jean Gabin interpretarían una nueva historia de los detectives

legendarios a través de una técnica fascinante, con un idioma universal sin precedentes en la historia. Algunas películas traicionaban la fuente original de la obra literaria, pero a pesar de esas limitaciones, posibilitan un nuevo lenguaje, tallaban la técnica del diálogo, exteriorizaban los conflictos de los personajes a través de imágenes mágicas embrujadoras; forjaban una objetividad y una dinámica única que le daban un vigor distinto a los relatos policíacos; establecían la elipsis de la conducta humana reuniendo el cuerpo y el gesto. Vivenciando la realidad del cine, aprendí a leer mejor y reflexionar sobre la estética y la personalidad de la literatura y la imagen. En ese sentido, puedo decir que mi trabajo novelístico le debe muchas de sus arquitecturas y semblanzas al séptimo arte. Naturalmente nada viene sólo y para llegar al buen cine, tuve que recorrer la escuela del cine comercial, del cual, sin lugar a dudas, también aproveche facetas interesantes. Años más tarde, como con la subliteratura, inicie mi época de desintoxicación.

Todas estas experiencias, mezcladas con la historia de nuestro país y de mi vida, me condujeron a escribir una epopeya sobre la violencia americana en *La Década Sombria*, me movilizaron a crear el relato intimista de Leonor Espadero y de su destino en *Mujer de Magia Negra*, una crónica sobre el bolero y la educación sentimental en la novela *Amar en Bahía*, y finalmente, me indujeron a darle contextura a los cuentos policíacos de *El Club de la Dalia Azul*, libro en el cual, el comisario Oviedo une la paradoja, el humor, el indicio, el silencio, para formar un nombre, el nombre de una clave y un asesino. Esta obra de relatos policíacos pretende instalarse en los crímenes de Pasión de nuestro continente desconocido, donde la muerte es un vivir diario o un estado natural, y donde se hace necesario nombrar la metodología de la justicia, los procedimientos de la investigación, la ética de los detectives, el rostro y la historia clandestina y oficial de las víctimas, para intentar comprender que es lo que hemos sido, en que medida hemos perdido y ganado esta partida de misterio, en la cual, todos ahora mismo estamos frente a frente, jugando un mano a mano con la fatalidad y con Maigret, con Sherlock Holmes, o con el comisario Oviedo, ese personaje que amo porque me enseñó a escribir sobre el hombre y su sombra.

Un detective en busca de la literatura policiaca

Hasta hace muy pocos años, la literatura policiaca, también llamada literatura criminal, negra o de misterio, era considerada como

un texto de evasión, como un opio y un crucigrama vergonzante para matar no tan sólo el tiempo sino la dura realidad de un lector víctima.

Uno de los factores más relevantes de la negación de la literatura policiaca se concentró entonces en su éxito espectacular a todo lo largo y lo ancho del planeta. Sus tirajes millonarios, la edición del libro de bolsillo, la abundancia de autores y títulos, y el fervor indeclinable de los lectores, convirtió este género en una fuente de ataques duros por parte de la élite intelectual del mundo. Desde el comienzo y con sus contadas excepciones, se vio a la literatura policiaca como la cenicienta del relato; como una poética impura, inferior, que recordaba los folletines ingleses del siglo XIX, siempre contrahecha, vacía de toda estética, deshumanizada y conformada por unas fórmulas que siempre eran las mismas con distintos vestuarios, propiciadora del mito del superhombre y de la defensa de la justicia en los estados capitalistas, que rehuía la investigación real y afirmaba la investigación formal y anecdótica, escrita por hombres anónimos e incultos, no creadores. En síntesis, el género fue situado en los estadios de la adicción, y fue contemplado como una estrategia distractora de los problemas sociales.

Aquel debate que aún sigue vigente, por un lado no le permitió un reconocimiento unánime a los autores y a las obras clásicas de la literatura policíaca, sino que también impidió el desarrollo de una crítica alrededor de ella. Sin embargo, frente a la oposición que le hizo la élite intelectual, los autores y las obras terminaron por ganar su mano a mano con el desprecio, cuando se demostró que la literatura criminal en primer lugar era literatura, y en segundo lugar, que este es el género literario del siglo XX por excelencia, el cual tiene un proceso que comienza en *Ti Goong*, y se prolonga en la *Biblia*, en *Las mil y una noches*, y en las novelas de caballería y que su dimensión mítica se organizaba desde la investigación del alma humana y del ser social a partir de los más diversos autores como Stevenson, Edgar Allan Poe, Chesterton, o como Raymond Chandler y Gastón Leroux, el cual con su obra, *El misterio del cuarto Amarillo* realizó un paradigma sobre un crimen en un espacio cerrado y una de las parábolas alucinantes sobre el otro rostro de Edipo Rey. Eso se demostró con todos los argumentos y evidencias y entonces se precisó una verdad maravillosa, que la literatura policíaca tenía una estética tan rigurosa y una arquitectura tan espléndida como la de las obras de Shakespeare y Franz Kafka. Como consecuencia de esa polémica, la literatura policíaca

emergió de las tinieblas que no la dejaban ver, de esa hojarasca que tenía a su alrededor y que no era ni es otra que la subliteratura policiaca, esa asesina para matar el tiempo, y que por supuesto no debe ser confundida con la subliteratura policiaca.

Pues bien. Sobre este fundamento, es posible referirnos brevemente al universo de la novela policíaca como tal. Antonio Portuondo la esboza como una literatura popular que aprovecha la realidad emocionante, iluminadora del crimen, para mostrar el poder superior de la razón humana y revelar las miserias de la sociedad y el eterno conflicto del hombre con el bien y el mal, del duelo de la inteligencia con el enigma y la adivinanza de un destino.

Jorge Luis Borges dice que este género debe sujetarse a los siguientes principios:

- a. Un límite discrecional de seis personajes.
- b. Declaración de todos los términos del problema
- c. Avara economía con los medios
- d. Primacía del cómo sobre el quién
- e. El pudor de la muerte
- f. Necesidad y maravilla en la solución.

Ahora bien, las narraciones detectivescas han dividido la población de la tierra en cuatro clases diferentes: criminales, víctimas de criminales, detectives y lectores de literatura detectivesca. Estos términos pueden ser enriquecidos con otro tipo de clasificación, que se organizaría así:

1. El crimen como asesinato y como robo, secuestro, extorsión, corrupción de funcionarios, lesiones personales y violación.
2. La persecución. La novela criminal es el relato de una persecución, es decir de una investigación que puede darse en términos inductivos o deductivos, racionales o naturales, que pretende seguir el método de las ciencias exactas o el de las ciencias sociales. No hay que confundir en este punto la detección con la investigación. La detección trabaja la persecución pura, cerebralizada, artificial. Y la investigación realiza a través de la detección una búsqueda del qué, el porqué y el cómo un hecho, antes o después de que se produzca, y en un campo de acción social, psíquico y económico.

Como es natural, en todo cuento o novela hay un perseguido, un perseguidor, y una autopersecución. Sobre esta dinámica

se construye la tensión de los relatos que con Edgar Allan Poe pretendieron hacerse literatura de ciencia exacta y que luego se hicieron una investigación de lo inaprehensible, del ser y el misterio mismo.

3. El detective. Los detectives surgen del bien o del mal, de la visión heroica del idealismo justiciero o de la visión realista que crea un antihéroe. Hay pues detectives que en la ficción son encarnaciones de orden establecido, que lo defienden como paladines, y que se ubican en el espacio de la ley utópica.

Frente a este héroe tradicional, aparece el detective crítico, inconformista y rebelde, ya desadaptado, corruptor y corruptible, con capacidad de fracaso y éxito, que se hace escéptico ante una ley dictada no por los oprimidos sino por los poderosos. No obstante, su angustia, su ideal de reforma social, su instinto de seguridad, en el fondo lo ubican en un dilema que no puede ser resuelto: el dilema de negarse como detective. Entre estos dos tipos de justicieros se halla el policía, el cual realmente es el verdadero sustentador de la sociedad en que vive.

4. El criminal. En la literatura policiaca el criminal tiene varios rostros: el rostro del antisocial que nace, la esfinge del criminal que se hace, la faz del homicida que se convierte en un campeón de los pobres, el criminal víctima y el criminal ambiguo, sin rostro, que pertenece al clan de los poderosos, de las mafias, o que es un Robin Hood anónimo, un ladrón de guante blanco que termina con los guantes manchados en sangre para cumplir el ojo por ojo de la venganza.
5. La víctima. La víctima revela la perversión o la bondad del criminal. Es su medida, su justificación o su castigo. No siempre la víctima es buena. A lo largo de la literatura criminal se descubren los vicios, las lacras, de aquella víctima que era en sí un ser perjudicial para la sociedad y que en definitiva merece su eliminación. Muchas veces, el detective se convierte en criminal, el criminal en detective, el detective en víctima, la víctima en detective; el narrador de la historia en criminal, víctima o detective.

En relación a la evolución de la literatura policiaca, Julian Symons, en su obra *Bloody Murder*, propone seis etapas:

1. El crimen como una forma de protesta social (Balzac, Goodwin, Lytton) donde el criminal es un héroe o una víctima de la injusticia social.
2. Los detectives como protectores de la sociedad o como intelectuales superhombres (Poe, Gaboriau, Collins).
3. El detective superhombre sólo opera fuera y por encima del proceso legal (Desde Sherlock Holmes).
4. El detective que preserva el estado determinando reglas para ello.
5. El detective que rompe esas reglas porque los productos que de ella se derivan son aburridos, insensatos, marcados por un procedimiento histórico, el cual es el verdadero asesino (Hammett, Chandler).

Estas etapas pueden condensarse, sin embargo, desde otros puntos de vista. En su primer momento predominó la novela de aventuras criminales donde el enigma aparecía más o menos difuminado. En un segundo momento predomina la novela detectivesca pura donde el problema se despoja de sus vestiduras. En su última etapa, de novela de acción policiaca, la intriga sale a la calle y se enfrenta a la realidad. A este género actual corresponde la literatura de suspenso, el relato psicológico, el realismo crítico, el humor, el relato testimonial y otros de espionaje.

Una antología de la literatura policiaca de primera mano para darle cuerpo a las ideas y universos que aquí hemos configurado podría ser:

1. El bosque oculta al árbol.

Obras en las que se trata de multiplicar los crímenes para ocultar un asesinato. Tenemos en este nivel a *The sign the broken sword* de Chesterton, historia en la cual para matar a un general, el asesino organiza una batalla perdida de antemano. *Cría Cuervos de Bloch*, donde al final del relato el asesino mata al narrador.

2. Crímenes pasionales.

Los Sandwiches de Ervine: un ministro de hacienda, que ama con pasión a su país y no logra equilibrar el presupuesto, invita a su casa a los seis millonarios más ricos y los envenena, considerando que los derechos de su sucesión que cobrará el gobierno permitirán colmar el déficit del presupuesto.

3. Asesinos y ciencia ficción. Las obras de Fu-Manchu.

4. Novelas policiacas psicológicas. *Crimen y Castigo* de Dostoyevsky.

5. El recinto cerrado. *El cuarto amarillo* de Gastón Leorux y que trata sobre un cuarto en el cual no hay ninguna salida. El recinto da al laboratorio del profesor Strangerson, quien al oír los gritos de su hija, logra tras muchas dificultades, derribar la puerta ayudado por el detective Rouletabille. La Víctima está herida. Encuentran huellas de sangre e incluso el arma del crimen, pero el asesino se ha esfumado como por arte de magia. Al cabo de muchas aventuras, durante las cuales el asesino siempre desaparece de manera inexplicable, Rouletabille descubre el misterio. Había estado buscando al criminal dentro de las tres dimensiones mientras él se escabullía en la cuarta: el tiempo. Los gritos sólo eran un eco de la pesadilla de la víctima, ya que la agresión había tenido lugar varias horas antes.

6. Dentro de esta nominación también están las narraciones innumerables del problema de ajedrez, de los crímenes perfectos, de los crímenes psiquiátricos (El retorno de Brown donde la víctima es el lector), de los crímenes imposibles, de la novela cíclica, en la cual la investigación termina donde comenzó, y otras tantas rompecabezas para obsesos, y para amantes que gustan de las múltiples interpretaciones, de los alegatos y enigmas jurídicos, que se sienten fascinados por el tema del laberinto y de los jardines que se bifurcan, que se confrontan como lectores leyendo una variación del detective que se hace Edipo rey, o del criminal que muere víctima de su propia pesadilla.

La literatura policiaca sigue viva, pujante, recordando el largo camino que recorrió desde la China hasta instalarse en Nueva Bretaña y los Estados Unidos, para posteriormente marchar a Francia, desarrollarse en los países socialistas y hallar una década después un puesto de honor en Alemania y en Polonia, y al final, emprender otra vez el camino para renovarse en América Latina con Jorge Luis Borges, Rodolfo Walsh, Julio Cortázar y con otros amantes, conocidos y desconocidos del misterio, que meditan sobre la vida y la muerte de este continente.